De allí a once días, acaeció que un hijo de esta mujer enfermó de fiebres, de tal modo que permaneció nueve días sin comer ni beber y se le conocía que vivía por la respiración, pero al noveno día perdió hasta la respiración.

Y llamando al médico, dijo que aquel joven estaba muerto y, si algún calor conservaba, eran restos del calor natural, lo cual como oyese su madre, dijo: Marido, pues la Virgen de Guadalupe dio la salud a mi hermano, yo espero en Ella que no abandonará a nuestro hijo, por lo cual, hagamos votos de llevar a su santa casa la mortaja de nuestro hijo.

El marido respondió: Hacedlo vos, que yo lo cumpliré. La mujer, hincada de rodillas, dijo así: «Oh, Virgen de Guadalupe, no mires a nuestros pecados, mira a la desgracia que tenemos si perdemos nuestro hijo, pues él nos sostiene en nuestra pobreza; por esto y por tu gran misericordia, socórrenos, como cuando socorriste a mi hermano que iba a morir, y yo te prometo de llevar ambas mortajas a tu santa casa».

Acabado de decir esto, el joven abrió los ojos y dijo: «Madre, no lloréis por mi muerte, que la Virgen de Guadalupe me ha devuelto la vida y estuvo aquí con muy gran claridad».

Oído esto por los que allí estaban, quedaron muy maravillados. Dando gracias a Dios y a la Virgen de Guadalupe, el joven súbitamente quedó sano, aunque con alguna debilidad.

Pues que así es, vino el dicho Gil Moreno a esta santa casa, entregando las dos mortajas a los porteros.

En el año de mil e quatrocientos e noventa y nueve, en el día después de la Navidad de Nuestra Señora.

(«Milagros de Ntra. Sra. de Guadalupe». Archivo de Guadalupe - Cáceres)

5. NUESTRA SEÑORA RESTITUYE EL HABLA A UN ENFERMO

Antón Garcés, vecino del Puerto, que es el reino de Portugal, vino a este Monasterio de Nuestra Señora Santa María de Guadalupe, por la fiesta de septiembre de quinientos y catorce años, con mucha devoción, v contando la causa de su venida, dijo:

Siendo yo escribano público y teniendo otros oficios del señor rey, fui espiado de unos mis enemigos, y, tomándome a traición, diéronme una cuchillada en la cabeza, que luego los físicos me desahuciaron. Y como yo luego perdiese el habla, fui metido en un palacio muy oscuro donde no viese sol ni luna, y allí estuve sin habla por espacio de ocho meses. Y como los físicos dijesen que no podía escapar y todos me tuviesen por muerto, encomendéme a Nuestra Señora de Guadalupe, prometiéndole que, si de aquel peligro me sacaba, vendría en romería a esta su santa casa. Y estando yo así afligido, la Señora me apareció y me dijo: «No temas, hijo, que no morirás de este mal». Y luego hablé y me sentí mejor, y poco a poco fui convaleciendo hasta que del todo sané. Y vengo ahora a cumplir con Nuestra Señora, la Virgen Santa María de Guadalupe, lo que le prometí.

Pues cumpliendo su promesa este devoto hombre, tornóse a su tierra, bendiciendo a Nuestra Señora.

(«Milagros de Ntra. Sra. de Guadalupe». Archivo de Guadalupe - Cáceres)

6. NUESTRA SEÑORA RESUCITA A UN NIÑO EN TALARRUBIAS

Juan de Mansilla, vecino de Talarrubias, tierra de la Puebla de Alcocer, en el Arzobispado de Toledo, vino a visitar esta Santa Casa de Nuestra Señora de Guadalupe, por el mes de septiembre de 1594, en cumplimiento de un voto que a Nuestra Señora había hecho y, dando cuenta del caso con juramento en forma, dijo: que ahora dos años, por el mes de agosto, enfermó de calenturas un hijo suyo que se decía Juan, y, después de ocho días, se le agravó tanto la enfermedad que, a su parecer y el de otras muchas personas que lo vieron, vino a morir y pasó de esta presente vida y estuvo así por espacio de un cuarto de hora. Lastimado su padre de ver tanta lástima delante de sus ojos, porque no tenía otro, y se le habían muerto otros cinco que Dios le había dado, tomólo en sus brazos y derramando muchas lágrimas y con mucha angustia de su corazón, dijo: «Oh, Señora mía de Guadalupe, yo os prometo de llevarlo a Vuestra Casa y pesarlo a trigo, si sois servida de que, por Vuestra intercesión, Dios me lo vuelva». Sucedió una cosa maravillosa, que, luego de este punto, volvió el niño a la vida presente, y se quejó y abrió los ojos y quedó bueno y sano sin calentura y sin sentir más otro mal alguno, con grande admiración de mucha gente que había venido a los gritos que su madre daba, y dieron muchas gracias a Dios y a su Sma. Madre

por tanta misericordia como a los hijos de Adán hace.

(«Milagros de Ntra. Sra. de Guadalupe». Archivo de Guadalupe - Cáceres)

7. CURACION REPENTINA DE UN DEDO DE LA MANO

En los procesos que se formaron en Roma para la beatificación de la famosa Azucena de Quito, Mariana de Jesús de Paredes, los cuales tienen en sí todo el carácter de autenticidad y verdad que puede exigir la crítica más severa, se refieren las finezas que aquella alma privilegiada recibió de la gran Reina de los ángeles, María Santísima. Tenía tan mal parado, siendo aún niña de pocos años, un dedo de la mano, que no sólo le ocasionaba grandes dolores, sino que amenazaba ya declararse la gangrena. Veíalo otra niña que se educaba con Mariana, y que después hizo deposición del prodigio, y, movida de compasión, la advirtió con mucho afecto que aquel mal era grave, y que urgía se pusiese en cura. *No tengas pena* —le respondió Mariana con faz risueña—; *no he menester de tanto.* Y como poseída de espíritu superior: *Ahora verás* —añadió— *cómo yo me curo.* Y arrodillándose de pronto ante una pequeña imagen de María, que era sus delicias, y dándonos un ejmplo de la fe con que deberíamos obrar aún en las necesidades del cuerpo, recurrió llena de confianza a la Señora, e imploró humildemente su auxilio. Dicho y hecho. El dedo doliente apareció en un punto sano y bueno y como si jamás hubiese padecido la me-

nor cosa. Quedaron ambas niñas atónitas al ver tan raro e inspirado portento; pero recapacitando bien presto Mariana, y volviendo de la sorpresa, dio primero infinitas gracias a la insigne bienhechora, y luego suplicó a su compañera que no hablase palabra sobre el caso con nadie, ni de dentro ni de fuera de casa.

(«Mes de María»)

8. UNA PARALITICA RECOBRA EL MOVIMIENTO MIENTRAS CELEBRAN MISA POR ELLA

En 1868, una señora de Milán fue atacada de una parálisis completa en la mitad del cuerpo. Su familia, viéndola amenazada de nuevos ataques y reducida al último extremo, y no teniendo ya esperanza en los remedios humanos, comenzaron a implorar con confianza la misericordia divina por la protección de María, Auxilio de los Cristianos, después de haber visto que tantos desgraciados habían experimentado sus favores. En seguida encargaron a Turín las oraciones especiales que allí tienen costumbre de rezar en los casos graves, y una Misa que debía celebrarse el día siguiente en la iglesia de María Auxiliadora. Mientras que a las siete de la mañana se decía en Turín el santo Sacrificio para la enferma, sus parientes y amigos, arrodillados alrededor de la cama, unían desde lejos sus preces con las del celebrante. Imploraba que la pobre paralítica pudiese, por lo menos antes de morir, volver en sí y recibir el santo Viático. Su fervor movió al Cielo. Hacia las siete y media, precisamente a la mis-

ma hora en que se concluía la Misa en el santuario, la enferma recobró el conocimiento y el uso de la palabra, y también hizo mover poco a poco sus paralizados miembros. Entonces, sus asistentes, llenos de asombro, se imaginaron que este esfuerzo de la naturaleza era tal vez el último; pero muy presto se convirtió el temor en la más viva alegría, pues la enferma, sentándose sobre el lecho, articuló claramente estas palabras: «Yo estoy sana». Pidió sus vestidos, y se hizo llevar, aquella misma mañana, a la iglesia, para dar gracias a la Madre de Misericordia y recibir la santa Comunión. Esta dichosa enferma, curada milagrosamente, nos ha escrito ella misma la relación de este hecho, terminando su carta así: «Deseo que se dé a este milagro la mayor publicidad posible, para que, propagando los beneficios de María Auxiliadora, esta Buena Madre sea invocada y honrada cada día más».

(«Novena a M.ª Auxiliadora». S. Juan Bosco)

9. «YA NO LO LLAMO HIJO MIO, SINO HIJO DE LA SANTISIMA VIRGEN

El 10 de junio de 1868, cerca del mediodía, viose llegar a Turín y pararse delante de la puerta del templo de María Auxiliadora, un coche de viaje, del cual se apeó un hombre de aspecto distinguido; fue inmediatamente a confesarse, y después acercóse con recogimiento a la sagrada Mesa: Habiendo dado gracias, entró en la sacristía, hizo una ofrenda al Rector de la iglesia y díjole: «Dignaos rogar por mí y contar a todos las maravi-

llas que se me han hecho, gracias a la intercesión de la Sma. Virgen». Obligado a explicarse: «Vengo de Faenza, dijo, a cumplir un voto. Un hijo mío, de cuatro años de edad, objeto de todas mis esperanzas, cayó gravemente enfermo, y ya no daba señales de vida; ya le llorábamos como muerto, cuando llegó un amigo y nos aconsejó que hiciéramos una novena a María Auxiliadora con la promesa de hacer una ofrenda a este templo».

«Yo lo prometí todo y también venir en persona a este lugar y recibir en él la sagrada Comunión, si obtenía la gracia, que casi no podía esperarse. Fui escuchado. Al quinto día de la novena se hallaba mi hijo fuera de peligro, y hoy día se encuentra perfectamente restablecido. Por lo que no le llamo ya mi hijo, sino hijo de la Sma. Virgen. He cumplido mi voto, y vuelvo a mi casa *consolado, bendiciendo a la Madre de toda misericordia, María Auxiliadora*».

(*«Novena a M.ª Auxiliadora». S. Juan Bosco*)

10. EL ORGANISTA CIEGO DE BELCHITE

Domingo Saludes y Torres se quedó ciego a los pocos días de nacer. Sus padres intentaron por todos los medios y con muchos gastos su curación, pero fue imposible. A los seis años, en 1878, lo llevaron a la Escuela de Ciegos dirigida por el doctor Arellano, para que aprendiese música; lo que hizo con gran aplicación y gusto, permaneciendo en ella 15 años. Más tarde, estando su padre, guardia civil, destinado en Belchite, se colocó allí de organista en la iglesia parroquial.

Sólo distinguía bultos y sombras, por ello su afición a la música tropezaba con grandes inconvenientes para estudiar nuevas obras: para ejecutar una pieza musical, tenían que dictársela, escribirla él con el sistema de puntos de relieve, y luego aprenderla de memoria. Nuestro piadoso organista, teniendo noticia de los prodigios obrados por intercesión de la Stma. Virgen del Pilar, le pidió que le diera vista al menos para leer el pentagrama escrito con tinta. Oigamos ahora ya a él mismo, que escribía el 29 de octubre de 1907 al citado Sr. Arellano.

«Al marchar a Zaragoza, notaba yo una alegría que no me explicaba, y estando en misa el 16 del presente mes de octubre en la Santa Capilla, me vino la idea de confesarme el 17, tomando la Comunión los tres días siguientes. Así lo hice, pero el día 17, después de la Comunión y de dar gracias, cuando me arrodillé en la Santa Capilla, noté que veía bastante. Salí fuera y ya veía los letreros de los comercios. Conozco y distingo ya bastante bien toda la música de tinta, pero, por obrar con prudencia, hasta que no han pasado ocho días no he dicho nada a nadie. Me vine y aquí estoy ahora recibiendo enhorabuenas sin cesar. Ya dirá usted a los compañeros en clase que confíen en Dios y en la Stma. Virgen».

Cuando empezó a ver los signos de los rótulos de las tiendas, no sabía todavía lo que significaban, aunque alguno iba descifrando, pues en la escuela tenían un abecedario en relieve de las letras mayúsculas. Todo su afán fue en seguida aprender a leer. El párroco le escribió las letras mayúsculas, que iba identificando, y debajo las correspondientes minúsculas: a los dos meses ya leía bastante bien.

No quedó perfectamente bien; sólo veía los objetos en frente de los ojos. Pero la Virgen le había concedido lo que él le pidió.

Este milagro, aun sin proceso canónico, es uno de los más documentados y divulgados. Se recogieron testimonios firmados de sus padres, de la Escuela de Ciegos, de las principales personas de Belchite, donde llevaba ya 14 años de organista: hasta el 17 de octubre estaba ciego, y a partir de ese día, sin aplicarse ninguna medicina, sus ojos se abrieron con sólo invocar a Sta. María del Pilar.

(P. José Luis de Urrutia, S. I. - Colección: «Apariciones de la Virgen»)

11. UNA SINGULAR ENFERMERA

Terry Ross, de 23 años, sargento de alpinistas escoceses (los famosos Scaforth Highlanders). Su primera acción, muy difícil, desembarca en Francia, a doce millas al norte de El Havre, para eliminar una estación de radio en Bruneval.

Una explosión como un relámpago al asaltar la estación. Cuando recobró el conocimiento estaba en el hospital. Operaciones; días largos. Pide al cirujano le diga la verdad: Sí, ya no recuperará la vista. Por primera vez desde su niñez lloró a lágrima viva, apretándose la sábana contra la boca. Sin saber cómo, tocó algo que agarró con fuerza. Era un Escapulario de la Virgen. En voz baja murmuró: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros». Y entonces, en su desesperación, sintió que una mano apretaba la suya, y una voz de mujer le preguntaba:

—¿Me llamas, Terry?

El pobre muchacho se aferró a la mano de la enfermera:

—No, hermana; no estaba llamando; pero, por favor, hágame compañía un rato, que me siento horriblemente solo...

—Vamos, hombre; así no habla un soldado valiente como tú. Recuesta la cabeza un poco mientras te refresco la frente. ¿Acaso no puedes dormir? Cavilas demasiado tal vez...

Terry rompió en un torrente de confesiones y desahogos. Luego las dulces palabras de la enfermera le dejaron plenamente tranquilizado. Se durmió.

Cuando despertó, la venda de los ojos se había caído. Alzó la mano para enderezarla y se detuvo de repente.

—¿Eres tú, Juan? —preguntó con ansiedad.

—Sí, señor, respondió el enfermero. Dispense usted si le he despertado, pero tengo mucho que hacer y necesito empezar temprano.

—Eso no importa, Juan. Acércate aquí más, más.

La voz de Terry sonaba excitada.

—Dime, Juan, ¿tú tienes una escoba en la mano izquierda? ¿Y eres alto y delgado y llevas gafas?

El viejo dejó la escoba y echó a correr.

A los pocos minutos llegó el doctor y le hizo un examen minucioso.

—Es imposible explicar, Ross; pero dentro de pocas horas tendrás perfecta visión.

Ross preguntó ansiosamente.

—¿Cuál de las enfermeras estaba de servicio anoche?

—Ninguna, Ross. ¿Por qué lo preguntas?

—Es que cuando se apagaron las luces, yo no me quedé dormido hasta que ella no vino.

—Ella, ¿quién es ella? Te digo, Terry, que aquí no había enfermera alguna.

No, no había sido un sueño. El había experimentado la angustia de un terror mortal, y había rezado: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... y estaba curado. (Tomado del «Mensajero del Corazón de Jsús, Buenos Aires, 1944, p. 280; lo narra A. W. Obrien, periodista canadiense en la guerra mundial.)

(P. José Luis de Urrutia, S. I. - Colección: «Apariciones de la Virgen»)

12. LA VOZ DE MILIZA KORJUS

La célebre cantante vienesa Miliza Korjus, en la cumbre de su apogeo, iba a perder, según el diagnóstico de los mejores especialistas, la mitad de su vida: su voz. Esa voz que le había dado tantos triunfos, y que ya sólo quedaría en las cintas cinematográficas, como «El Gran Vals».

La gira iniciada por México en 1946 quedaría interrumpida, así como tantos otros contratos pendientes. ¿Qué hacer en aquellas circunstancias? Humanamente todo estaba perdido.

Entonces fue cuando empezó a cobrar nuevo valor en su mente agitada el recuerdo turístico de los 15.000 peregrinos que pasaban cada día por la Basílica del Tepeyac. Ella misma, protestante, había presenciado en sus visitas aquel espectáculo, pero admirándolo sólo con ojos turísticos, y con motivo típico. Ahora el fervor mariano de aquel abigarrado pueblo la hizo invocar

confiadamente a la Virgen de Guadalupe, pidiendo que la curase. Llegó el día fijado para la ineludible operación. Antes de practicarla, los médicos hicieron rutinariamente el examen previo. La admiración se dibujó en sus rostros. Miraron otra vez y confirmaron atónitos que era verdad.

—Pero, ¿qué ha hecho usted?

—Tomé las medicinas que me indicaron para prepararme a la operación.

—No, no. ¿Qué ha hecho usted para curarse?

—Le pedí a la Virgen de Guadalupe que me sanara.

—¿Y ha probado ya su voz?

—Ustedes me prohibieron que cantara.

—Pues vea si puede cantar.

La voz de la artista resonó limpia y armoniosa. La examinaron cuidadosamente y la declararon completamente sana.

Al día siguiente una peregrina más se sumaba al río de gente que iba a arrodillarse a los pies de la Virgen de Guadalupe.

Otra placa de mármol blanco aparecía, días después, a la entrada de la sacristía de la Basílica. Decía solamente: «Gracias, Madre mía - Miliza Korjus».

La víspera de su vuelta a Europa, declaró a un periodista: «Vine protestante y vuelvo católica, porque todo lo que he pedido a la Virgen de Guadalupe me lo ha concedido».

(P. José Luis de Urrutia, S. I. Colección: «Apariciones de la Virgen»)

13. SE CURA UNA CEGUERA PROGRESIVA

Cuando Onofrio Gallati entró el 14 de diciembre de 1946 en el Hospital de Santa María de la Scala, en Siena, estaba sentenciado por excelentes especialistas de Roma, Turín, Milán y Vercelli: un poco más y quedaría completamente ciego. Pero había venido a Siena por su amigo, el Doctor Aurelio Rizzuri, que conocía bien la pericia del Director de oftalmología del hospital.

También los ojos de su alma estaban faltos de luz. Por eso a las palabras de consuelo contestaba con rudeza:

—Déjeme, Hermana, déjeme en paz. Sus argumentos no sirven para mí. Ya sabe que soy ateo. No pierda tiempo. ¡Déjeme!

La Hermana no se desanima y contesta con su continua abnegación. Una tarde sin saber por qué le dice:

—Estoy segura de que un día dejará el hospital con la fe en el corazón y la luz en los ojos.

Días más tarde comenzó a reflexionar que las curas del médico y la bondad de la Hermana no merecían tanta hostilidad de su parte. ¿Por qué la Hermana, después de tantos desprecios, volvía siempre a él serena y dulce? ¿Por qué la encontraba siempre dispuesta a llevarle la mano cuando quería escribir a su madre, que no sabía aún nada de su desgracia?

La Hermana, mientras, encomienda la difícil conversión a la Virgen de la Milagrosa. Por fin, el 23 de diciembre capitula frente a la gracia: confiesa y comulga. Y Dios le recompensa dándole tanta serenidad, que le parece bello el sufrimiento y ama la ceguera. ¡El milagro interior se ha realizado!

Ya va a salir de la clínica, pero la Hermana le suplica se quede nueve días más. Harán una novena a la Virgen por intercesión de Sta. Catalina Labouré. «No quiero pedir mi curación porque sé que he merecido la ceguera, y porque temo que al recobrar la vista pierda la fe, ahora que sé lo que vale. Una sola gracia pediré estos días: sufrir siempre más, para que no sea tan fuerte el dolor de mi madre cuando se entere.»

Era domingo. En la Misa acababan de leer el Evangelio del ciego de Jericó; y al terminar la Misa, he aquí que el prodigio se repite. Al dirigirse el enfermo a la escalera de la clínica, ve de pronto a la Hermana. Su emoción es tan grande, que tiene que apoyarse en la pared para no caer.

—¡Veo, Hermana, veo!

Los médicos reconocieron lealmente el hecho, tanto más extraordinario cuanto que la ceguera había sido progresiva. Un gran ramo de flores llegó al hospital enviado por uno de ellos, incrédulo, pero que se rendía ante los hechos: «No puedo negar que es algo extraordinario».

(*P. José Luis de Urrutia, S. I. Colección: «Apariciones de la Virgen»*)

14. CURACION DOBLE

Burdeos, 1952. El señor D. Alvaro Vieira do Valo Golvao, de unos treinta y tantos años de edad, natural de Meimôa-Vieira-Baixa (Portugal), se hallaba gravemente enfermo del estómago en el grupo del hospital Pellegrín, pabellón quirúrgico Tostet. Los médicos acaban de desahuciarle, le someten a una operación como último remedio,

y con esperanzas poco alentadoras. Sale con vida, pero la operación no surtió efecto: sigue desahuciado.

El P. Jaime Seijas, jesuita que trabajaba en el Hogar Español de Burdeos, visita a este enfermo y comienza a apreciar las cualidades magníficas de aquel desahuciado. Realmente, dice el P. Seijas, era un profundo cristiano, de una personalidad marcadísima, y de un influjo grande en todos los que le conocían en el pabellón.

Le impuse el Escapulario de la Virgen del Carmen y le dije:

—Usted tiene que pedir la curación a la Santísima Virgen, porque usted no puede morir. Todavía tiene que hacer mucho bien a sus compañeros.

Comenzó a rogar el enfermo insistentemente a la Virgen por su curación, y al poco tiempo se halla completamente bien.

Le sobreviene un reuma tremendo. El P. Seijas le indica que haga voto de peregrinar a Fátima, si la Virgen le cura.

No pasó mucho tiempo y el P. Seijas tuvo que negarse a acompañarle en su peregrinación a Fátima, a pesar de sus insistentes súplicas ya curado. (P. Jaime Seijas S. J. Salamanca).

(P. José Luis de Urrutia, S. I. Colección: «Apariciones de la Virgen»)

IV

MARIA SANTISIMA, DEFENSA EN LOS PELIGROS

1. UN CABALLERO GALLEGO FUE LIBRADO DE UNA SAETA MORTAL

Alvaro García, regidor de Betanzos, que es en Galicia, vino a esta casa de Ntra. Sra. de Guadalape, en el mes de abril de 1514.

Contando la causa de su romería, dijo: «En el mes de noviembre del año susodicho, siendo yo corregidor en Villero, levantóse un ruido muy grande. Yendo yo a meter paz, diéronme una saetada por encima de la tetilla derecha que me pasó la punta de la otra parte. E como me viese así tan mal ferido, encomendéme a Ntra. Sra. de Guadalupe, prometiéndole, que si escapaba de aquella ferida, de venir en romería, a pie, a esta su santa casa.

E como curase de mí un cirujano y viese que la ferida era mortal, fízome tomar todos los sacramentos, diciendo que no podía escapar. E yo, viéndome en tanto peligro y que mi mal iba de mal en peor, encomendábame con más devoción a Ntra. Sra., ratificando el voto que había fecho, y así estuve por 15 días, y, como entonces todos

me dijesen que me finaba, cerré los ojos para me morir, encomendándome con gran ahínco a la Señora de Guadalupe. E estando así toda aquella noche, como otro día abriese los ojos y viese la claridad del día, di muchas gracias a Ntra. Sra. y luego estuve bueno, no sabiendo cómo, ni cómo no».

Pues, conosciendo este caballero el beneficio rescibido y la merced que Ntra. Sra. le hiciera, vino a cumplir su voto segund que lo había prometido.

(*«Milagros de Nuestra Señora». Archivo de Guadalupe.* Cód. 5, f. 17v)

2. MILAGRO EN LA CIUDAD DE SEVILLA

El día 7 de julio del año 1615, aconteció en Sevilla que una niña de ocho años de edad, hija de don Sebastián Flores y de doña Teresa, su mujer, naturales de Sevilla y con domicilio en la calle de Redes, núm. 8, estando jugando con un trocito de jarro de vidrio quebrado y entrándoselo en la boca quedó casi ahogada, teniéndola ya por muerta todos cuantos la vieron en semejante trance. La pobre madre, toda desolada, con su hijita en los brazos, yerta y amoratada, y con el dolor y sentimiento que es de suponer, sacóse del pecho el Escapulario de nuestra Madre del Carmen, que siempre llevaba, y poniéndoselo a su hijita en el cuello, invocando con gran fervor y confianza a la Santísima Virgen, de la que era en extremo devota, vio cómo al punto arrojó la niña, sin esfuerzo alguno, el vidrio que la ahogaba. Todos los presentes que lo vieron, y eran muchos, atraídos

por los lloros y lamentos de la madre, confesaron a una voz ser ciertamente un milagro obrado por la Madre amantísima del Carmen, mediante su bendito y milagroso Escapulario, ya que, al sólo contacto del mismo, había desaparecido el motivo de semejante aflicción.

Agradecidos aquellos buenos padres a la Reina del Carmelo, corrieron presurosos al vecino convento del Carmen, a tributar humildes y rendidas gracias a su celestial Bienhechora; y, después de publicar esta maravilla en presencia de aquellos buenos religiosos, que no cesaban de alabar a su Madre amantísima por sus muchas bondades, difundieron por toda la ciudad del Betis el prodigio que había obrado con su pequeña hijita; y, para perpetuar su memoria, hicieron pintar un devoto lienzo que atestiguase el favor y recordase a las generaciones venideras las bondades y misericordias de María Santísima del Carmen, lienzo que, como exvoto, junto con una garganta de plata, se conservó en el camarín de la Señora hasta la invasión francesa, como atestiguan los anales de aquel convento y nos refieren sus cronistas, desde Fray Pedro de Quesada hasta Fr. Miguel Rodríguez Carretero, quienes, a fuer de hijos amantísimos de nuestra Madre, no dejaron de consignar cuanto sirviese para estimular la devoción y el fervor hacia tan dulce y amorosa Madre.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

3. MILAGRO EN VILLALBA DEL ALCOR

El año de 1633, el día 15 de agosto, en casa de Ana Fernández, viuda, se prendieron fuego a unos desvanes donde había almacenada gran cantidad de heno para alimentos de las caballerías. Tocadas a rebato las campanas, como se suele hacer en tales casos, acudió gran multitud de hombres para sofocar o apagar el fuego; entre las muchas personas que entraron en la casa, una arrojó al desván el Santo Escapulario de la Virgen del Carmen que llevaba al cuello, extinguiéndose de repente el incendio sin haber necesidad de echar más agua. Entrando con tal motivo al aposento, por ver si había peligro de que se derrumbasen las techumbres y por quitar las cenizas aún humeantes, hallaron, con gran estupor y admiración de todos, que el Santo Escapulario estaba ileso. Fueron testigos de esta maravilla la inmensa mayoría de los vecinos del lugar, que se hallaron presentes al hecho. El P. Fr. Baltasar de Santa María, gran orador y secretario de aquel convento, lo firmó y testificó en la relación que enviara al P. Mtro. Fr. Pedro de Quesada, Rector del Colegio de San Alberto de Sevilla, creciendo mucho la devoción de los fieles en aquella villa al Santo Escapulario con semejante prodigio.

(*M. S. del Arch. Hist. Nac.* 18118, pág. 223.)

(«*Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen*». *P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

4. LA CIUDAD DE JEREZ DE LA FRONTERA ES FAVORECIDA POR LA SANTISIMA VIRGEN

En el manuscrito 1818 de nuestra Biblioteca Nacional, se extracta así el hecho de haber librado nuestra Madre dulcísima del Carmen al centro de Jerez de una de las mayores catástrofes, y un peligro inminente para sus cuerpos y sus casas, mediante su bendito Escapulario del Carmen. Dicen así los testimonios fidedignos:

Era la noche de San Lorenzo, diez de agosto del año 1635, cuando en la «Especiería» y en las tiendas colindantes con nuestro convento del Carmen, declaróse un voraz incendio que amenaza con extenderse a todas las manzanas circundantes y aun casi todo el centro entonces de Jerez de la Frontera.

Tocóse en nuestro convento y en la iglesia de San Dionisio presurosamente a fuego, acudiendo una ingente multitud con ánimo decidido de sofocarlo; mas, advertidos los más audaces y animosos de que en dos o tres de dichas tiendas existía gran cantidad de pólvora y objetos explosivos, huyeron los más despavoridos, presintiendo todos el trágico fin que amenazaba a todos ellos y a sus familias. En tan apurado y angustioso trance, y cuando las circunstancias eran más críticas y el peligro más inminente y desesperante, acuden todos a la intercesión y patrocinio de nuestra Madre Santísima del Carmen, invocándola a voces en medio de la calle, a fin de que los amparase y librara de tan horrible catástrofe. Acuden los religiosos, con su superior a la cabeza, unos a postrarse a los pies de nues-

tra Madre y con fervientes súplicas impetrar su auxilio, otros, en medio de la calle, donde todo lo asolaba el voraz incendio, haciendo que todos los circunstantes, lejos de entregarse al desaliento o la confusión atolondrada, rezasen con fervor la Salve. Y cosa inaudita y por extremo milagrosa, al echar uno de los religiosos su Escapulario a las llamas, súbitamente se extinguió el voraz incendio, sin que en lo humano pudiera explicarse la causa que lo motivó. Y lo que es aún más de maravillar, que había llegado, no sólo al sitio donde se guardara la pólvora, sino a quemar una tabla de una de las cajas donde se guardaba. Todos tuvieron este hecho por milagroso, acudiendo al día siguiente en acción de gracias al templo de nuestra Santísima Madre, donde celebraron una devotísima función.

(*«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

5. MILAGRO EN EL CORTIJO DEL CANCILLER, EN CORDOBA

Hallándose en el cortijo del Canciller, del término de Córdoba, la familia de don Francisco Argote, labrador de dicho cortijo, por descuido de uno de los criados, se originó un incendio, prendiendo el fuego en la techumbre de paja de un ala del cortijo. El fuego tomó tales proporciones que se hacía materialmente imposible el apagarlo y reducirlo.

En tan críticas y trágicas circunstancias, la señora Jacinta Carrillo, aya de los hijos del señor Argote, mujer de acrisolada fe y acendrada

piedad, invocó con toda la devoción y confianza de su alma a nuestra Madre Santísima del Carmen, y, tomando el Escapulario que llevaba al cuello, lo puso con gran fe en una de las cubetas de agua y lo arrojó juntamente con ella sobre el fuego.

Arrojar el Santo Escapulario y contenerse de súbito el fuego por el sitio donde lo echara, cesando luego inmediatamente, fue cosa de un santiamén.

Dos días después, estando el criado Luis de Pedrajas limpiando de escombros y ruinas el lugar del siniestro, halló entre las cenizas el dicho Escapulario que arrojara la mencionada Jacinta Carrillo, el cual se hallaba intacto y sin la más leve señal de quemadura.

Este prodigio se justificó plenamente siendo cuatro los testigos y firmando los autos el Ilmo. señor Provisor y Vicario General del Obispado. don Francisco Moreno, el cual, en su providencia, dice así: «Su merced ordenó se le llevasen los autos para verlos y proveer en justicia; y, habiéndolos visto, mandó: Que entreguen originales a la parte del Rvdo. P. Prior del Carmen Calzado, juntamente con el bendito Escapulario. Y por sí este acto lo proveyó y mandó el Vicario General y Provisor, Francisco Moreno.»

Este milagroso Escapulario se conservó hasta la exclaustración en un magnífico relicario, que se manifestaba a la pública devoción de los fieles en las solemnidades del Carmen y que besaban cual preciada reliquia.

(«*Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen*». *P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.*)

6. SAN ANTONIO MARIA CLARET TRIUNFA EN UNA GRAN TENTACION

Cuando estudiaba en Vich para sacerdote, tuvo una gran tentación, de la que salió victorioso, gracias a que invocó a la Santísima Virgen, como cuenta él mismo:

«En invierno tuve un resfriado o catarro: me mandaron guardar cama; obedecí. Y un día de aquellos, a las diez y media de la mañana, experimenté una tentación muy terrible. Acudía a María Santísima, invocaba al Angel santo de mi nombre y de mi especial devoción, me esforzaba en fijar la atención en objetos indiferentes para distraerme y así desvanecerme y olvidar la tentación, me signaba la frente a fin de que el Señor me librara de malos pensamientos. Pero todo en vano.

Finalmente, me volví del otro lado de la cama para ver si así se desvanecía la tentación, cuando he aquí que se me presenta María Santísima, hermosísima y graciosísima... Al mismo tiempo que yo estaba en la cama, me veía yo mismo como un niño blanco, hermosísimo, arrodillado y con las manos juntas; yo no perdía de vista a la Virgen Santísima, que me dirigió la palabra y me dijo: «*Antonio, esta corona será tuya si vences*». Yo estaba tan preocupado que no acertaba a decirle palabra y vi que la Virgen me ponía en la cabeza la corona de rosas que tenía en la mano derecha. Vi, además, un grupo de Santos que estaba a su mano derecha en ademán de orar. Después, a mi mano izquierda, vi una gran muchedumbre de demonios que se pusieron for-

mados, como los soldados que se repliegan después de una batalla, y yo me decía: *¡Qué multitud y qué formidables!*

Tan pronto como esto pasó, me hallé libre de la tentación y con una alegría tan grande que no sabía lo que por mí había pasado.»

(*San Antonio M.ª Claret, en su «Autobiografía».*)

7. EL VOTO DE UN MARINERO

En «La Hormiga de Oro» correspondiente al 16 de julio de 1887, contaba el popular escritor barcelonés, don Francisco de Paula Capella, el siguiente hecho:

Hace treinta años presenció Barcelona un espectáculo conmovedor. Era el 16 de julio, festividad de Nuestra Señora del Carmen, y en las Ramblas y llano de la Boquería se veía un grupo que iba engrosando por momentos. Los hombres estaban llenos de admiración, y las mujeres lloraban enternecidas.

¿Qué sucedía? Un acto muy común entre los primitivos cristianos y en la Edad Media, pero muy raro en nuestros tiempos descreídos.

Un hombre de mediana edad, tostado por el sol de los trópicos, vestido de un hábito burdo, ceñido con una cuerda y atada al cuello una larga cadena que le arrastraba por el suelo, andaba a gatas, y desde el barrio marítimo de la Barceloneta, se dirigía de aquella suerte al templo de Nuestra Señora de Belén.

La fatiga que esto ocasionaba al penitente era indecible. Sus rodillas se habían desollado a causa de la distancia, y gotas de sangre marcaban

en el empedrado las huellas que dejara su paso. El peso de la cadena, lo violento de su posición y el sol canicular que caía sobre su cabeza, le hacían sudar a mares y ocasionaban un resuello fatigoso, moviendo los ánimos a compasión.

Agotadas sus fuerzas, y casi desfallecido el infeliz, si así podemos llamarle, subió las gradas de piedra del grandísimo y bello templo, y prosiguió arrastrándose hasta la capilla de la Virgen del Carmen, iluminada por mil luces.

Llegando frente al altar, besó tres veces el suelo, se incorporó sobre sus rodillas y poniendo los brazos en cruz, según se lo permitía la fatiga, exclamó sollozando:

—¡Gracias, Madre mía! ¡Gracias, Virgen del Carmen! No en vano invoqué vuestro auxilio en deshecha tempestad. Nuestro buque iba a sumergirse en el airado Océano. Ibamos a morir sin remedio, y el recuerdo de mis pobres hijos y de mi desgraciada esposa me hacía llorar. En medio de la desesperación de mis compañeros, recordé las oraciones de mi madre y de mi esposa; cogí el Escapulario que ésta me había colgado al cuello el día de nuestra despedida; le estampé un beso de ternura, y volviéndome hacia el cielo cubierto de nubes y cruzado por el rayo, entre la voz tremenda del trueno y el bramido de las olas que iban a tragarnos, hincado de rodillas grité:

—¡Virgen del Carmen, salvadnos, que perecemos! Tened piedad de nuestras esposas y de nuestros inocentes hijos. Hago voto, si nos libráis de la muerte, de visitaros en vuestra capilla del Carmelo, en el templo de Belén, en Barcelona, arrastrándome por el suelo con una cadena al cuello.

La Virgen escuchó mi voto: calmóse al ins-

tante la tempestad, y el arco iris brilló en el firmamento. Allí os vi a Vos, Madre mía, como en trono de mil colores, con vuestro manto blanco y vuestro hábito pardo del Carmelo.

Así dijo en medio de la conmoción de todos los circunstantes. Luego trató de levantarse, y muchos se acercaron para auxiliarle, haciéndole sentar en una silla.

Empezóse un oficio solemne en honor de la Virgen del Carmen. El vasto templo estaba completamente lleno de fieles. Nunca un oficio ha sido oído con más devoción.

(P. José Luis de Urrutia, S. I. - Colección: «Apariciones de la Virgen»)

8. LA NIÑA PERDIDA

En «La lectura popular» de Orihuela del 15-II-1896, su director, D. Adolfo Claravana, publicaba la siguiente noticia:

Hace pocos días ha ocurrido en Rojales, pueblo de esta provincia (Alicante), un hecho singular del que queremos dar cuenta a nuestros lectores.

Una niña de tres años y tres meses extravióse a la mitad de la tarde del sábado 18 de enero, y, buscada por todas partes, no pareció. Llegada la noche, sus padres, afligidísimos, acudieron a las autoridades; alarmóse todo el mundo, y el vecindario en masa, movido por el resorte del más vivo interés, púsose en movimiento para encontrar a la criatura. En vano fue todo; la noche pasó en la más viva ansiedad, pues a pesar de haber recorrido el monte y huertas vecinas palmo a palmo, nada se logró.

A la mañana siguiente, apenas apuntó el día, volvióse a la faena; se publicaron edictos en los pueblos vecinos; aumentó a centenares el número de personas que buscaban a la niña, y, sin embargo, tampoco se logró hallarla. Iba ya transcurrido un día entero; hacía más de veinticuatro horas que la niña no se había alimentado; la noche había sido una de las más frías del año; la niña, descubierta la cabeza y vestida ligeramente, era imposible que hubiese podido resistir; estaría muerta. Además, el monte cercano está sembrado de hondonadas y precipicios horribles que, a oscuras, es muy difícil salvar.

Mas he aquí que, a las tres de la tarde, unos tíos de la niña, rebuscando por aquellos peligrosos sitios, ven a la inocente criatura tendida al amparo de un extraño saliente de la montaña, y junto a un precipio de muchos metros de profundidad, cortado casi verticalmente.

—Aquí está, exclaman; pero ¡ay!, indudablemente está muerta.

—Entonces se acercan a ella y ¡oh sorpresa!, la niña se levanta, y serena y tranquila abre sus bracitos y se dirige a sus tíos como si tal cosa.

—Hija mía, gritan estrechándola contra su corazón, ¿qué te ha pasado? ¿Cómo has podido sufrir esta horrible noche de frío?

—Si no he tenío frío —dice la niña en su infantil lenguaje.

—¿Cómo es posible?

—Si ha estao toda la noche conmigo una mujé y me tapaba con el delantal.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujé.

—Pero esa mujer ¿no te hacía nada? ¿No oías

tú cuando cruzábamos por aquí con luces y hacíamos ruido y te llamábamos a gritos?

—Sí que lo oía; pero la mujé me decía: «No te muevas, hija mía, que ya vendrán por ti».

El estupor de los que escuchaban estas palabras llegó a su colmo: aquello era un milagro.

Trasladada la niña al pueblo, celebróse al día siguiente en la iglesia parroquial una solemne Misa de acción de gracias por el hallazgo de la niña.

Y ahora viene lo admirable.

Al entrar la niña al templo, ve una imagen de la Virgen del Carmen, y exclama, dando un grito como si volviese a encontrar a una persona querida:

—Made, esa es la mujé que me tapaba con el delantal.

Calcúlese la sorpresa que producirían estas palabras. Cerca de la imagen de la Virgen había una de San Juan Evangelista.

—¿Es ésa?, le preguntan para ver si la niña había dicho aquello por capricho.

—No, aquella, contesta insistiendo en señalar a la Santísima Virgen.

El entusiasmo de la muchedumbre que literalmente llenaba la iglesia, trocóse en lágrimas de fervor; todo el mundo lloraba.

Sacaron a la niña, terminada la función, y la llevaron de casa en casa. Una de ellas fue la del vicario del pueblo. La niña entra en el despacho del sacerdote; en él hay un cuadro de la Virgen del Carmen.

—Esa es la mujé que me tapaba con el delantal, repite la niña.

Sigue visitando muchas casas, y entra en otra donde había otra imagen igual.

—Esa es la mujé que me tapaba con el delantal, repite por tercera vez.

—Ya no cabe duda, dice el pueblo entero a una voz; esta niña ha sido objeto de un verdadero milagro. Milagro del Escapulario que vestía la Virgen, y la niña llamaba delantal.

(P. José Luis de Urrutia, S. I. - Colección: «Apariciones de la Virgen»)

9. CAE AL POZO UNA NIÑA DE ANTEQUERA

En la ciudad de Antequera, hallándose entregada a la limpieza de su casa, el día 13 de noviembre de 1924, la señora doña Rosario Narbona (por haber obrado la casa), en el instante en que se hallaba barriendo, que era precisamente junto a la cocina, en donde existe un pozo, se puso delante una niña de corta edad, hija de la señora, llamada Rosarito, y como había mucho polvo, de resultas de la obra, se le entró un poco en los ojos, y al querérselos limpiar, retrocedió unos pasos hacia atrás, tropezando y cayendo de cabeza dentro del pozo, que tenía detrás mismo y que, sin advertirlo, se hallaba destapado. ¡El momento fue desgarrador! En medio de su gran tribulación, doña Rosario invocó con toda confianza a la Virgen Santísima del Carmen, rogándola no permitiese se ahogara su hijita del alma.

Avisaron de seguida al padre, quien, tan pronto como llegó, se echó al pozo, para salvar a su amada hija. Todos creían que la niña se había ahogado ya, pues hacía más de diez minutos que se encontraba dentro del agua. Mas, ¡oh, bondad y poder de la Virgen del Carmen!, vieron con asom-

bro que no sólo salía con vida, sino que no se había hecho el más leve daño. Ya tranquilizado, dijo el marido que, al bajar al pozo, vio a la niña agarradita a un tubo que pasa por dentro, asegurando la niña que una Señora muy linda le había cogido las manecitas y se las había puesto sobre aquella tubería, acariciándola y diciéndola no tuviese miedo.

Creyeron fundadamente ser la Virgen del Carmen la que había salvado a su hijita, por llevar puesto el Santo Escapulario y haberla invocado la madre con tanto fervor.

Los padres de la niña, José Sánchez y Rosario Narbona, mandaron publicar este milagro, para gloria de nuestra Santísima Madre del Carmen y aumento de la devoción a su bendito y milagroso Escapulario, y así se hizo el 27 de enero de 1926.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

10. MILAGRO EN ESTEPA CON UN POBRE ALBAÑIL

Por los años nefastos de 1932 al 33, no había pueblo en Andalucía que más se distinguiera por su devoción y sus fiestas tradicionales a nuestra Santísima Madre del Carmen que el pueblo de Estepa, que, con ser la patria del «Vivillo» y «Pernales», ha sido, es y será uno de los focos más fervientes del carmelitanismo andalúz y de la devoción, por ende, al bendito Escapulario del Carmen.

Sucedió que, mientras se hallaba trabajando

en el revestimiento de un pozo un maestro albañil de la localidad, fervoroso cofrade del Santo Escapulario, quien jamás se desprendía de él para sus trabajos, le sobrevino un desprendimiento de materiales de más de seis metros de altura que, cayendo sobre él, lo dejó sepultado en las profundidades del pozo, sin que nadie creyese que pudiera sobrevivir. Comenzaron los trabajos de descombramiento, que duraron más de tres días, en la seguridad de extraerle cadáver; pero cuál no sería la sorpresa y alborozo de los circunstantes cuando, al tercer día de inauditos trabajos, pudieron percibir muy lejana la voz del albañil, quien, desde el fondo, les gritaba con voz firme y alegre que no se precipitasen, pues junto a él, y amparándole bajo su blanco manto, se hallaba la Virgen del Carmen, por quien tanta devoción sentía él desde niño y cuyo bendito Escapulario llevaba, la cual le decía que no temiese, pues allí estaba Ella para ampararle y sacarlo sano y salvo del todo.

Publicó este relato el «*Correo de Andalucía*», en artículo bellísimo, y lo aprobó como hecho verdaderamente milagroso el Emmo. Cardenal Ilundain y Esteban, Prelado a la sazón de la Diócesis hispalense.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

11. UN CASO PRODIGIOSO EN PUENTE GENIL

Hace varios meses se realizó un prodigio muy señalado en dicha población, que, por expreso de-

seo de los testigos oculares que lo presenciaron, deseamos consignar aquí, para gloria de nuestra Santísima Madre y de su bendito Escapulario.

El maestro herrero e inteligente mecánico, don Manuel Cobacho, que desde su niñez llevó siempre el Escapulario de la Virgen del Carmen en su pecho, se encontraba montando una máquina segadora. Algunos obreros de los que le ayudaban, notando que tenía el Escapulario sobre el pecho, comenzaron a burlarse irrespetuosamente de él, sacándoselo por fuera de la camiseta. Pero el piadoso Cobacho no consintió en modo alguno que se lo quitasen, y, poniéndose serio, prosiguió su trabajo, con el Santo Escapulario sobre la ropa.

De pronto, escapando con violencia una de las sierras de la máquina que montaban, con grave peligro, quedó enredada en los mismos cordones del Escapularo, sin que nada ocurriese.

Vieron el peligro los mismos obreros, quedando atemorizados, y realizándose entre ellos verdaderas conversiones, pidiendo todos, con fervor, se les impusiese el Escapulario milagroso del Carmen.

(«Milagros y Prodigios del Santo Escapulario del Carmen». - P. Fr. Juan Fernández Martín, C. C.)

12. MILAGRO EN UNA MINA DE CARBON

No hace muchos años que en las minas de carbón de Dour, una terrible explosión de grisú anegó en luto y en duelo de muerte a muchas familias de mineros.

Uno de ellos, llamado Camilo Leré, de diecio-

cho años de edad, contaba de la siguiente manera lo que aquel día le aconteciera en el fondo de la mina:

«Me hallaba trabajando en mi galería con varios compañeros cuando, de repente, y hacia el extremo de ella, se oyó el sordo bramido que es presagio siniestro y fatídico de próxima explosión. El vapor o el vaho de la muerte, y de una muerte espantosa, nos sobrecogió a todos los mineros.

»Yo me amparé y escudé en mi Escapulario y lo estreché convulso entre mis manos, gritando, con una fe proporcionada a la angustia que me oprimía el corazón: "¡Virgen Santísima del Carmen, sálvame!"

»En aquel mismo instante, el torbellino de la explosión, bramando y ardiendo en las cavernas de la mina, lanzaba por los aires a los infelices mineros, que, ardiendo también, caían a tierra moribundos o muertos. Los raíles eran arrancados de cuajo, y ellos y las vagonetas, zarandeados asimismo en revuelta y loca confusión, chocaban entre sí y contra los muros, rematando a los infelices trabajadores. Yo, que estaba rezando de rodillas, fui también arrebatado por el torbellino, y caí al borde de la boca de una chimenea, lo cual fue como arribar a puerto de salvación; porque, como toda la vena estuviese repleta del mortífero gas, que asfixiaba a los infortunados mineros que aún no habían muerto, tan solamente por las chimeneas se colaba un soplo de aire puro y refrigerante. Pero, poco a poco, el aire se iba rarificando, y yo veía que muy pronto iba a ser también víctima de la asfixia. En aquella agonía clamé con más vivas y apremiantes instancias a la Virgen bendita del Carmen, prometiéndola una